

Primer Diálogo con los Neo-liberales

En los sectores capitalistas venezolanos se está poniendo de moda el Neo-liberalismo. Hace algunos meses se reunía en el lujoso Hotel Maracay una selecta concentración para discutir y estudiar la nueva corriente económico social, que desde el Coloquio Walter Lipmann, celebrado en Francia en 1938, va imponiéndose en amplios círculos de la ciencia económica occidental.

Por todas partes tropezamos con entusiastas lectores de Hayek, Mises y Röpke; y no faltan quienes hayan coleccionado amorosamente la revista y el anuario Ordo del Profesor Erhard, Ministro de Economía del Gabinete de Adenauer y actor central del Milagro alemán.

En este Primer diálogo con nuestros neoliberales, vamos a recoger, como preámbulo, una reconvencción de nuestros interlocutores. Reflejamos así el origen histórico del diálogo.

"En vastos sectores conservadores de la nación, nos dicen, se percibe una alarma creciente sobre la forma violenta y agresiva con que algunos sacerdotes, profesores universitarios, columnistas políticos, estudiantes y líderes sindicales realizan la propaganda de la doctrina social de la Iglesia.

"Hombres de empresa, con aspiraciones progresistas y preocupación social, se quejan de que se está haciendo el juego al comunismo internacional cuando se destacan, casi con exclusividad, los vicios históricos del capitalismo y la voracidad del imperialismo yanqui. La mejor causa queda entonces desvirtuada por la inoportunidad de las diatribas y la exageración de las afirmaciones.

"Opinamos sinceramente que el enemigo número uno de nuestros días, particularmente en la América Latina, no es el capitalismo, sino el comunismo internacional. La nota estratégica del comunismo en el momento actual es la explotación de la miseria de los países subdesarrollados, estorbando con su espíritu de subversión e inquietud social el fortalecimiento económico y el desarrollo industrial de esas mismas naciones. Su aliado es la miseria. Campaña hipócrita y traicionera que va unida a la creación de un espíritu antiimperialista y a la exaltación del nacionalismo, en contradicción con su dogma de la sociedad sin clases y sin fronteras."

Hasta aquí nuestros interlocutores. ¿Por qué negar a estas afirmaciones su fondo de verdad? Reconozcamos que razones tácticas pueden imponer al apóstol social una mayor visión de conjunto y una valorización de la oportunidad de ciertas propagandas concretas y unilaterales. Y somos los primeros en acoger y meditar las observaciones mencionadas, y aconsejar a nuestros colegas de apostolado social una armoniosa conjunción de valentía, caridad y prudencia. No queremos sembrar el odio.

Sin embargo no podemos detenernos aquí sin llegar al fondo mismo del asunto.

Es indudable que las masas obreras, que, en la ciudad, en la industria y en el campo reciben hoy el impacto de las acusaciones comunistas al capitalismo, presentando a la Iglesia como su aliada natural, están a punto de ser volcadas al marxismo. Ante ellas no cabe sino un gesto de sinceridad; el reconocimiento de las injusticias existentes; y la salvedad de que esas injusticias ni son cristianas, ni son toleradas por la Iglesia. Hay que comenzar por demostrarles que los Pontífices han clamado vigorosamente contra ellas en las Encíclicas sociales. Sucede así que, en un mismo público, los capitalistas quedan escandalizados de una conferencia o un sermón; mientras muchos jóvenes y la porción mayoritaria de los desheredados salen enardecidos de entusiasmo y vacunados contra la insidiosa propaganda del comunismo. Obra de nuestra prudencia ha de ser que no salgan llenos de odio a los ricos.

El apóstol social dirá, y tiene que decirlo, que Cristo, en la maravillosa lección de su vida privada, quiso vivir y trabajar treinta años en un taller de artesano; que escogió sus apóstoles de un grupo de pescadores agremiados; que la Iglesia, portadora de su mensaje, fue la protectora de los esclavos, la creadora de la beneficencia pública, la organizadora de los gremios y corporaciones. Deben saberlo los pobres, los asalariados, los proletarios del mundo entero. La porción predilecta de Cristo fueron los pobres. Y es también cierto que el Salvador quiso destacar explícitamente la dificultad con que los ricos, cargados con la responsabilidad de su riqueza, entrarán en el reino de los cielos.

Tenemos obligación de hacer conocer esto al vacilante mundo proletario. Y es justicia que nuestros interlocutores comprendan este otro aspecto de la cuestión con la misma benevolencia con que nosotros hemos valorado el suyo.

En efecto, nuestros neoliberales están muy lejos de la cerrazón mental y del egoísmo sectario de los liberales de la escuela clásica; escuela que, por desgracia, tiene aún muchos seguidores prácticos en Venezuela. A ellos se dirigen sin duda los conferencistas y predicadores mencionados: a los representantes anacrónicos del viejo liberalismo manchesteriano.

El neoliberalismo ha reconocido que la práctica capitalista de más de un siglo ha sido injusta con los pobres; que pesa sobre el Liberalismo Económico de las escuelas fisiócrata y manchesteriana la negra historia de la explotación del trabajo de las mujeres y de los niños, los salarios de hambre, el trabajo dominical, los horarios de 14 y 16 horas... Los economistas liberales no pueden menos de abochornarse de que, al nacer la Legislación del Trabajo, se declaraba en 1812, en Londres, "que los menores de 12 años, no podían trabajar más de 12 horas". Los neoliberales detestan esta negra historia; y profesan enfáticamente la doctrina de que el obrero mejor tratado es el que más produce; y por añadidura es el mejor comprador, ya que al cobrar mejores salarios crece su poder adquisitivo.

Reconocemos en esta posición del neoliberalismo un paso hacia el humanismo cristiano. Pero sin llegar a él. Ya que no se trata de mejorar al obrero por su condición de persona humana, sino bajo el aspecto sabio, pero egoísta, de lograr un mejor productor y un mejor comprador. Donde se delata el vicio central de toda economía liberal: subordinarlo todo al supremo interés de lucro. Para el cristiano será siempre un axioma: No es el hombre para la economía, sino la economía para el hombre. Como en otro aspecto hemos proclamado; por ejemplo, cuando se trata de la educación de los hijos: No es el hombre para el Estado, sino el Estado para el hombre.

Hay otro aspecto importante en que el neoliberalismo se aparta del liberalismo clásico manchesteriano. Ya no cree en la exclusión total de la intervención del Estado en la Economía. La triste historia de los monopolios ruinosos y las depresiones económicas por exceso de producción incontrolada, con sus secuelas de paros forzosos, han llevado a los neoliberales a pedir cierta intervención estatal, aunque muy limitada. Intervención para aliviar con una política previsora y con la asistencia social las víctimas inevitables (?) de la lucha económica. Intervención para sofrenar los monopolios ruinosos, para asegurar los mercados y amparar y restablecer el libre juego de las fuerzas económicas.

Falta en todas estas formulaciones un claro concepto del fin del Estado, que para los cristianos es el Bien Común. El neoliberalismo no reconoce de manera completa el aspecto social de la economía y del hombre.

Hay finalmente un tercer aspecto vital que nos distancia de toda escuela liberal, sin excluir el Neoliberalismo: la separación expresa del mundo moral del económico. Todavía nos dicen muchos neoliberales: No me meta la moral en la economía. Para nosotros los cristianos es sagrada una doctrina que ha expresado con admirable concisión el Código Social de Malinas, tomándolo de la Encíclica Quadragésimo año: "Entre la economía y la moral hay relaciones necesarias y una verdadera compenetración. Porque las relaciones humanas de que se ocupa la economía política entre propietarios y arrendatarios, entre patronos y obreros, entre fisco y contribuyentes, entre compradores y vendedores, entre productores y consumidores, no se sustraen a la inspección y juicio de la conciencia moral.

"Estas indicaciones nos dan a conocer la naturaleza y los límites de la intervención de la Iglesia en esta materia: la Iglesia no reconoce en sí ninguna competencia para juzgar sobre el valor técnico de las doctrinas y de las organizaciones económicas, pero tiene el derecho y el deber de apreciarlas desde el punto de vista moral, tanto en sí mismas, como en sus consecuencias."

No podemos aceptar por lo tanto, la conclusión del Profesor W. Ropke en su obra *Civitas humana*: "Un buen cristiano es un liberal que se ignora." Tal vez la lectura de ciertos párrafos de Mises o del propio Ropke puede dar esa impresión. Pero quedan en pie las tres objeciones, que acabamos de estudiar. En cambio coincidimos cada vez en más puntos con estos liberales de nuevo cuño, a quienes calificamos de eclécticos. Coincidimos en el concepto de la libertad y responsabilidad personales, de la propiedad privada, de la necesidad de una política social del Estado.

Hay finalmente un aspecto interesantísimo en nuestro diálogo con los neoliberales. Nos preguntan con una inquietud, al parecer sincera: Si Uds. no son ni capitalistas ni socialistas, ¿qué son?. Prometemos un segundo diálogo para satisfacer a esta inquietante interrogación.

M.A.E.